IDEAS Y FIGURAS

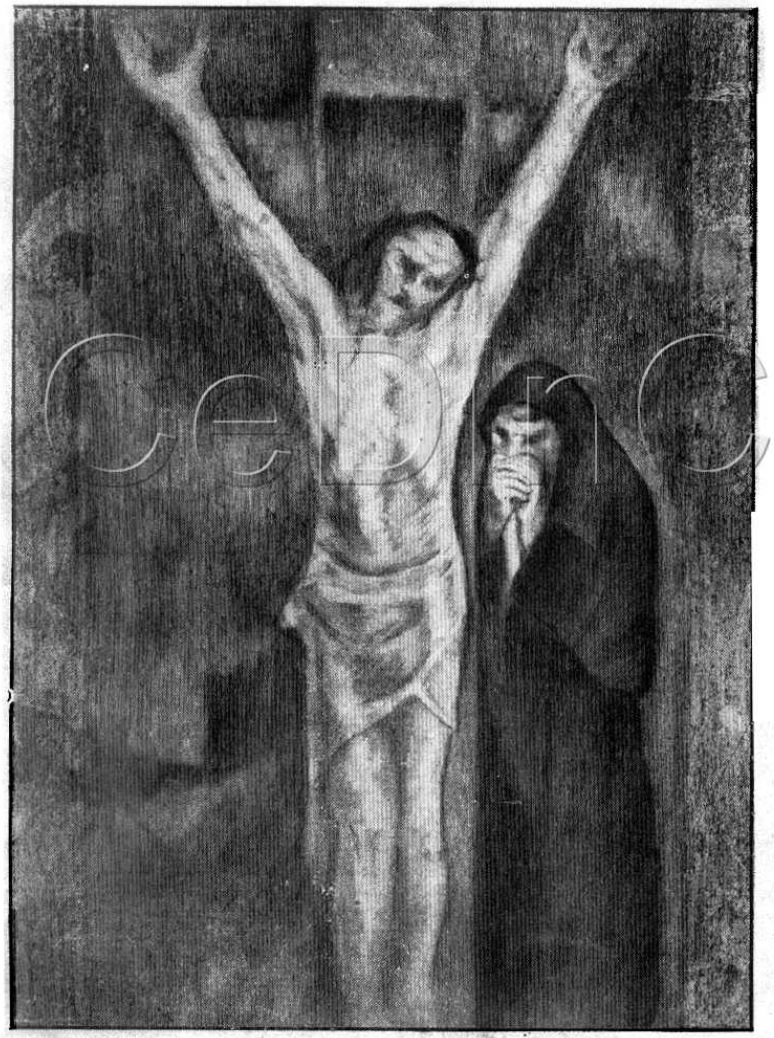
REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

Oficinas: CUYO 2021

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año II — BUENOS AIRES, 14 DE ENERO DE 1911 — Número 41

LAS MILICIAS DE JESUS



Cuad. de Carr ére.

SUMARIO: Las Milicias de Jesus. — I Congreso pedagógico Católico. «Ad Majoren dei gloriam» — II Los Jesuitas. — III Monita Secreta. S. J. La moral de los Jesuitas. — IV La silueta del Santo. (Retrato de Loyola); *José de San Martin.* — El Himno de las nubes; *Alcides Greca.* — Sobre «Triunfos Nuevos» Opiniones; *Juan Mas y Pi.*

IDEAS Y FIGURAS

NUMEROS APARECIDOS

Número Anuncio—«Las Horcas Florecidas». Dib. de Enrique Sachetti. Texto de Alberto Ghiraldo.
N.º 1.— «La trata de blancas». Dib. de Juan Hohmann. Texto de Alberto Ghiraldo.—(A).
N.º 2.— «Los guardianes del orden». Dib. de Eduardo A. Holmberg. Texto de Roberto J. Payró.
N.º 3.— «El café». Dib. de S. Tolmo. Texto de Eduardo A. Holmberg.
N.º 4.— «Patriotas de hoy». Dib. de José M. Cao. Texto de Eduardo Talero.
N.º 5.— «Anatole France». Dib. de Juan Alonso. Texto de Ruy de Lugo-Viña.
N.º 6.— «Simbolos». Dib. de Faustino Brughetti. Texto de Juan Mas y Pí. (A).
N.º 7.— «Crímenes y castigos». Dib. de F. Valloton. Texto de Paul Adan.
N.º 8.— «Milongas clásicas». Texto de Almafuerte. Dib. de Faustino Brughetti.
N.º 9.— «La sombra negra». Dib. de Augusto Mas y Pí. Texto de Juan Luis Ferrarotti.
N.º 10. «Guerra á la guerra». Texto de Alberto Ghiraldo. Dib. de Gran Jouan.
N.º 11. «Las mujeres de Gibson». Dib. de Gibson. Texto de Ruy de Lugo-Viña.
N.º 12. «En la feria». Dib. de A. Boveri. Texto de José de Maturana.
N.º 13.— «Exposición L. Piqué.» Dib. de J. Guarro. Texto de Juan Mas y Pí.
N.º 14.— «La Zagala». Texto de Eduardo Talero. Dib. de J. Guarro.
N.º 15.— «Tipos de teatro». Dib. de Enrique Sachetti. Texto de Luis Rasi.
N.º 16.— «Los Maestros: Goya». Dib. de Goya. Texto de Vicente Medina.
N.º 17.— «El crímen legal. Francisco Ferrer». Rep. fotográficas. Texto de Alberto Ghiraldo. (A.)
N.º 18.— «Encuesta Ferrer». Texto de Arata, Piquet, Schiaffino, Mas y Pi, Rodó, E. de Vedia, Barroetaveña, Vega Belgrano, Melo, Fernández Espiro, Lugo-Viña, Monteavaro, Magnasco, Cao, Lastra, Ancizar, Villafañe, Sondereguer, Serrano Clavero, Garcia Velloso, Bernard, Ricci, Banchs, Gilimon, Soussens, Ortiz, Chiloteguy, Fernández Gómez, Giusti, Gerchunoff, Monferran, López de Gomara, Montagne, Urien, Queirolo, Oliver, Sagarna, Maturana, Dickmann, Alicia Moreau, del Mazo, Loizaga, Radaelli, Barcos, Cruz Ghio, Camba, Walter Perkins, Calou, Bayon Herrera, Garcia, Marquez, Mathus, Cortés, Carulla, Cuadrado, Bianchi, Robatto, Locascio, Icaza, Salis, Ferreyra, Andoin, Ruiz López, Pozuelo, Calzada, Montiel y Ghiraldo.
N.º 19.— «Las alegrías de la muerte». Dib. de Alfredo Rethel.
N.º 20.— «La huelga. Chicago 1886-1909». Dib. de A. Bosco. Texto de José Marti.
N.º 21.— «Los Maestros. Leonardo da Vinci». Dib. de Leonardo. Texto de Merejkowky.
N.º 22.— «Los poemas humildes». Texto de Max Jara. Prólogo de Ruy de Lugo-Viña. Dib. de Juan Hohmann.
N.º 23.— «El estado de sitio en la Argentina». Texto de Alberto Ghiraldo, Agustin de Vedia, Osvaldo Magnasco, M. A. Montes de Oca, Victorino de la Plaza, Benjamín Villafañe y Leoncio Lasso de la Vega.
N.º 24. «Apuntes». Dib. de Mateo Alonso. Texto de varios.
N.º 25.— «Ferrer y la Escuela Moderna». Texto de Francisco Vázquez Cores.
N.º 26.— «Ley de Residencia». Comentarios de Barcos, Palacios, Frugoni, Montagne, Lugo-Viña, Rodriguez Larreta, Salis y Ghiraldo.
N.º 27.— «Gabriel D'Annunzio». Texto de F. T. Marinetti. Caric. de Hugo Valeri.
N.º 28. «Ultimos Cantos». Texto de Carlos Ortiz.
N.º 29.— «Divagaciones Románticas». Texto de Julio Herrera y Reissig. Próiogo de Juan Mas y Pí.
N.º 30.— «El Poema de las Mieses». Texto de Carlos Ortiz. Pórtico de Alberto Ghiraldo.
N.º 31.— «Oraciones». Texto de Santiago Rusiñol. Dib. de Bacaria.
N.º 32.— «Jardin Novelesco». Texto de Ramón del Valle Inclan. Prólogo de A. Nicasio Pajares.
N.º 33.— «La huelga general». Texto de Aristide Briand. Dib. de Juan Hohmann.
N.º 34.— «Madre Anarquia». Texto de Alberto Ghiraldo.
N.º 35.— «El anarquismo según sus más ilustres representantes». Godwin, Proudhon, Stirner, Bakounin, Kropotkin y Tolstoy. Prólogo de Pablo Eltbacher.
N.º 36.— «El pasado vuelve». Texto de Eduardo Zamacois.
N.º 37.— «Las tragedias de la vida vulgar». Texto de Juan Más y Pi.
N.º 38—«El Terror Argentino». Texto de Rafael Barret y Alberto Ghiraldo.
N.º 39.—«Cartas de un flojo» Texto de Florencio Sanchez.
N.º 40.—«Patriotismo y Gobierno». Texto de Leon Tolstoy.

Estos números están en venta en la administración de IDEAS Y FIGURAS Cuyo 2021, al precio de 0.30 el ejemplar. Se remitirán libre de porte á cualquier punto de la república.

AÑO II. Buenos Aires, 14 de Enero de 1911 Núm. 41

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: CUYO 2021 ALBERTO GHIRALDO DIRECTOR

Las milicias de Jesus (1)

Congreso pedagógico católico — "Ad Majoren dei gloriam"

I

Lo que yo hago es apenas un juego antes del verdadero combate. He mostrado las heridas que se os pueden hacer, pero no las he hecho.

TERTULIANO.

Desgraciados los ciegos que conducen, desgraciados los ciegos que se dejan conducir. Vae caecis ducentibus! Vae caecis sequentibus!

SAN AGUSTIN.

El espíritu de la Caridad y de la Dulzura tiene también sus emociones y sus cóleras.

SAN GREGORIO.

La reunión de un congreso pedagógico tenía que llamar forzosamente, dada su trascendencia, la atención de los hombres que, entre nosotros, trabajan por el engrandecimiento espiritual de la república. Máxime si ese congreso se reunía como un homenaje á las fiestas solemnes de la libertad y si en su denominación de «católico» ya llevaba implícita su calidad de sectario.

Ningún momento más propicio, para estudiar una reunión de este género, si se tiene en cuenta que al vigoroso amparo de nuestra tolerancia se dibuja más nítidamente el dulce crepúsculo de las religiones.

A medida que las ideas morales echan más hondas raíces en el potente corazón de nuestras democracias las hostilidades religiosas se atenúan y las sectas desaparecen como inútiles naves de guerra que al naufragar en el olvido, el sol naciente las empavesara de gloria.

Conviene sin embargo, antes de entrar de lleno en el estudio del congreso pedagógico católico, reunido últimamente en Buenos Aires, determinar sus antecedentes y su filiación histórica, su filogenia espiritual y los designios que lo guían.

Los primeros siglos del cristianismo no fueron propicios para la difusión de la cultura. Sus adeptos refugiados en las Tebaidas de la meditación, ó batallando por imponer la nueva fe, no sintieron la necesidad de enriquecer su vida espiritual. De los pobres de espíritu sería el reino de los cielos. Mal pudieran, pues, ocuparse de las mezquinas contingencias de la vida terrestre. La ignorancia era un formidable salvo-conducto para la «ciudad de Dios». Tertuliano rechazaba la cultura de los gentiles como vías que alejaban de los caminos del señor. Y San Agustín, que había llorado de emoción sobre las páginas de la «Eneida», hizo que el concilio de Cartago prohibiera á los obispos la lectura de los maestros gentiles.

Con la Edad Media desaparece por completo la cultura popular. Aquellas almas, talladas en el más duro granito de la austeridad, renegaron de la sabiduría. El lema de San Agustín: «indocti coalum rapiunt», los ignorantes se apoderarán del cielo, fué el lema universal. Gregorio el grande se avergonzaba de que pudiera someterse la «palabra divina» á las leyes gramaticales. Se confundía la ignorancia con la santidad. Hijos de la decadencia y de la barbarie, al exacerbarse su delirio melancólico con las angustias del «más allá», tuvieron como una amarga obsesión, la del aniquilamiento total del cuerpo humano.

San Jerónimo, el más ilustre de los pe-

(1) Los sucesos que se desarrollan en Europa — especialmente en Portugal — han determinado un avance de las congregaciones religiosas en el territorio de la república. Tales hechos justifican y dan actualidad á esta publicación. Artículos escritos sin espíritu sectario de ninguna clase, ellos han sido prolijamente documentados entre los escritores clásicos de la Iglesia Católica. Y, á nuestro entender, este es su mejor elogio.

LA DIRECCIÓN.

dagogos de su tiempo, trae declaraciones preciosas en sus cartas sobre la educación de las jóvenes. «Prohibo completamente el baño á las jóvenes», dice. Y no sólo á las jóvenes, á los niños les prohibe el baño, el vino, la carne, que sólo se les puede dar «cuando lo exija la necesidad y por temor á que les flaqueen los pies antes de haber andado».

«A pan y agua», era el grito de la fe. Y á pan y agua se vivía en los conventos en cuyas paredes sombrías se desencadenaba el viento trágico de la neurosis.

El «trivium» y el «cuadrivium» ó sea la enseñanza de lo que se llamaba las «siete artes liberales»—gramatica latina, lógica, retórica, música, aritmética, geometría y astronomía—sólo se enseñaban en los claustros á muy determinadas personas. Tanto que, á principios del siglo XI, Adalbérico, obispo de Laón, confiesa que «más de un obispo no sabía contar con los dedos las letras del alfabeto».

Enriquecida materialmente, absoluta en su poder civil y falta de cultura espiritual, la iglesia católica sintió su organismo minado por la corrupción.

Entonces llega el trance luminoso de la reforma.

Lutero, Melanctón y Zwingli, operan la más vasta de las revoluciones pedagógicas, echando los cimientos de la democracia actual. Al hacer á cada hombre responsable de su fe y al reconocer en los evangelios el manantial divino de la misma, sintieron la necesidad imperiosa de difundir y democratizar la cultura para llevar á todos los espíritus la salvadora palabra de Dios.

La cultura popular es, pues, de origen protestante.

La enseñanza primaria echó sus raíces en aquellas grandes almas enamoradas de la libertad.

San Pablo había dicho: «Ya no hay ni griegos ni judíos, ni esclavos ni señores, ni hombres ni mujeres, ni niños ni ancianos, todos sois uno en nuestro Sr. Jesucristo» y, antes que él, el Divino Maestro: «Sed perfectos como vuestro padre que está en los cielos».

Así, persiguiendo esta dulce quimera de fraternidad humana y de perfección divina, aquellos geniales reformadores cambiaron la faz del mundo.

Son dignas de recordarse, sobre todo por su actualidad, aquellas palabras de Lutero en su célebre «Llamamiento á los magistrados y senadores de Alemania». «Yo os suplico, amigos y señores, que recibáis con benevolencia mis consejos. Vemos en todas partes las escuelas en ruinas y los liceos sin alumnos. El espíritu del mal sugiere á los hombres el olvido de la educación de la niñez. Y esto es grave. Pues si todos los años se emplea tanto dinero «en comprar máquinas de guerra, en abrir caminos, en levantar puentes y otros objetos de utilidad pública», por qué no se emplea otro tanto en «sostener» maestros de escuela, «activos», inteligentes y capaces» de educar á la juventud?» «Necesitamos «en todas partes» escuelas para los «niños» y las «niñas», á fin de que los hombres sean capaces de ejercer bien su profesión y las mujeres dirigir su hogar y de educar sus hijos».

Para sujetar esta formidable ascensión del espíritu humano, se levantó un hombre: San Ignacio de Loyola. Nadie ha forjado el metal en que puede eternizarse el perfil de este sombrío rebelde de la aurora. Inquisidor espiritual, hasta asumir la talla del más grande de los psicólogos; guerrero, exasperado en el delirio tormentoso de una mística exaltación, su genio fué como una lúgubre hoguera abierta en los costados de la noche. Siniestro, su fortuna de paladín supera á la de los más gloriosos capitanes. Cuando la campana de la muerte sonó para Alejandro, César ó Napoleón sus ejércitos se dispersaron ante el derrumbamiento de sus propias conquistas. En cambio los legionarios de este alucinado combatiente se multiplican en la sombra y sus negras corazas lucen extrañamente sobre los cuatro rumbos de la tierra.

Para restaurar el dominio del pontificado las milicias de Jesús necesitaban apoderarse de las conciencias. El fin justificaría los medios. La intención justificaría las obras. Entonces sus colegios se adueñaron de la Europa. Su soberanía pedagógica fué inquisitorial y terrible. El aniquilamiento de la voluntad y la claudicación espiritual de las personas, fué su único designio, «ad majorem dei gloriam», para mayor gloria de Dios.

«Es preciso adherirnos á la iglesia romana hasta el punto de ver negro lo que nos dice que es negro, aun cuando sea blanco», afirmaban. Y en este criterio está informada la pedagogía de los jesuitas. Su código, escrito por Ignacio de Loyola, se encuentra en las «constituciones» y en el «ratio studiorum». Allí no se habla de difundir la cultura, sino de aniquilar las voluntades. Las «constituciones» dicen: «Ninguno de aquellos que se empleen en el servicio doméstico, por cuenta de la sociedad, deberá saber leer ni escribir, ó si lo saben aprender algo más».

Los principios capitales de su pedagogía son: «Aunque Dios te hubiera dado como maestro á un animal privado de razón, no vaciles en prestarle obediencia como á un maestro y guía, por el único motivo de que Dios lo ha mandado así». «Hay que dejarse gobernar por la Divina Providencia, que obra por intermedio de los superiores de la orden, como si fuéramos un «cadáver» que pueda ponerse en cualquier posición y tratar como se quiera; ó también como si fuéramos un «palo» entre las manos de un anciano que se sirve de él como mejor le agrada».

No comentaremos estos axiomas. No analizaremos los efectos que el espíritu de esta enseñanza pueda ejercer en la cera maleable de las conciencias infantiles. No estudiaremos si estos hechos justifican ó no la intervención del Estado en las escuelas que sostienen las congregaciones religiosas. Diremos únicamente que en 1854, el P. Becks, general de la orden, declaraba que el «Ratio Studiorum» había permanecido «inmutable» al través de cuatrocientos años.

Los jesuitas se dedicaron especialmente á la enseñanza secundaria y superior. Fueron los Jansenistas y los Oratorenses, ambos combatidos por ellos, los verdaderos fundadores de la enseñanza primaria entre los católicos. Sus escuelas, «pequeñas escuelas», salvaron los principios de la razón y sus obras han inspirado los modernos métodos científicos de la enseñanza. Sin embargo, la influencia del «Ratio» se dejó sentir en todos ellos. La Salle, el ilustre fundador de las «escuelas cristianas», escribía en su «guía de las escuelas»: «El inspector de las escuelas tendrá cuidado de encargar á uno de los alumnos más prudentes, que tome nota de aquellos que hacen ruido mientras se congregan, y éste irá luego á decirle al maestro lo que ha pasado sin que los otros se den cuenta».

Es decir, la «delación» y el «espionaje» hechos factores morales de la niñez.

Tales son, en síntesis, los antecedentes históricos, la esencia espiritual y los no disimulados designios de estos aguerridos militantes del dogma católico.

San Ignacio triunfa y su zarpa de bronce aun está presionando el difícil avance de la civilización.

Agreguemos que el catolicismo apostólico y romano, dueño de la infalible sabiduría divina, nunca fué partidario de las frágiles conquistas de la ciencia humana. El condenó el sistema Copérnico que revolucionaba la concepción del universo; encarceló á Galileo, aquel profundo explorador de los espacios; cristianamente, «para evitar toda efusión de sangre» hizo quemar vivo á Giordano Bruno que «afirmaba la infinita pluralidad de los astros»; y, por haber sabido lo que nadie le podía enseñar» fué aprisionado cincuenta veces, juzgado quince, y siete veces sometido á la tortura, Campanella, el ingenuo visionario de la «ciudad del sol».

Tales son los raigambres ancestrales y la fibra moral de estos peregrinos, cuya patria es el mundo, y á cuyos designios obedece el congreso pedagógico católico, que nos proponemos analizar.

Su dirección está en sus antecedentes, por la fatalidad mecánica que rige el movimiento de las almas y de los astros.

Dulce congreso, sin embargo, ya que se hace á la sombra luminosa de aquel divino soñador de Nazaret que, según la frase de Renán, es y será el más grande entre los hijos de los hombres.

II

Los jesuitas

Los hechos, físicos ó morales, tienen siempre una causa. El vicio y la virtud son «un producto» como el vitriolo ó el azúcar.

TAINE.

Hemos determinado, en el artículo anterior, los antecedentes históricos, la filiación espiritual y los designios de las congregaciones religiosas que pretenden tener, por medio de la enseñanza, el dominio absoluto de las conciencias.

Agreguemos que estas congregaciones son extrañas al desenvolvimiento de la vida y de los intereses nacionales. La prosperidad, la riqueza ó la civilización de las naciones les son completamente ajenas. Ellas tienen sus designios, sus altas vías providenciales, sus rumbos fijos señalados de antemano en el sendero de los tiempos. Y hacia ellos van. Hacia ellos van guiando el tumultuoso rebaño de los pueblos. Rebaño enorme, que si á veces se detiene ó se disgrega, alucinado acaso por el oro efímero y cambiante de los crepúsculos, ha de proseguir al fin, flagelado por la

enérgica disciplina de la fe hasta dar en la muerte con la perpetua salvación de las almas.

Nadie, acaso, comprueba mejor nuestro aserto que San Jerónimo, á quien ya hemos citado como á uno de los más ilustres pedagogos del cristianismo. Después de prohibir que una de sus alumnas «oiga nunca instrumentos de música»; que se la encuentre jamás «en las asambleas y compañías de sus prójimos, pues sólo se debe hallar en el retiro»; que tenga más amistad con una de sus compañeras «con las que no se le debe permitir que converse en voz baja», termina: «Que sea educada en un claustro donde no conozca el siglo; en donde viva como un angel, teniendo un cuerpo «como si no lo tuviera» y, para decirlo todo de una vez, en donde os descargue del cuidado de vigilarla..... Si queréis mandarnos á Paula yo me encargo de ser su maestro y su nodriza; la estrecharé entre mis brazos; mi ancianidad no me impedirá desatarle la lengua y seré más glorioso que el filósofo Aristóteles, puesto que instruiré no ya á un rey mortal y perecedero, sinó á una esposa inmortal del rey de los cielos».

La instrucción respondía, pues, no á las necesidades de la vida real sino á las de vida futura.

Cuando por la fuerza de los tiempos cambiaron esas formas agudas del ascetismo apareció la Compañía de Jesús más reducida en sus aspiraciones pero en ningún modo menos inflexible. Llegar á la dominación universal, para la mayor gloria de Dios, fué su designio. La sociedad se conceptúa como una vasta «monarquía» dividida en provincias. Cada provincia está regida por un jefe: el «provincial». Cada establecimiento por un «superior». Todo miembro de esta sociedad, profeso ó laico, tiene un «admonitor» encargado de «vigilar en secreto» sus obras, sus pensamientos, sus acciones..... El jefe supremo es el «general». Sus dominios abarcan la tierra. Su voluntad es omnipotente. Sus vasallos le deben obediencia absoluta, ante él tienen que ser como «cadáveres» ó como «palos» entre las manos de un anciano que los maneja á su antojo.

Para llegar á estos fines tuvieron que sutilizar su moral hasta la plasmabilidad del agua, que toma la forma del vaso que la contiene, pero que siempre es agua. Hicieron concesiones á las costumbres, á los hábitos, á las idolatrías, hasta á las «debilidades» de los pueblos ó de las razas. Gracias á ello afirmaron sus «conquistas» en la China, en el Africa, en el Japón, en la Rusia terrible de Catalina II, en la India de los faquires extáticos, en las Misiones del Paraguay, en toda la tierra. Pero su obra, fecunda en resultado de toda clase, no perdura ni favorece los pueblos en que se desarrolla. Vive con ellos. A ellos beneficia. Y desaparece con ellos. Sus ruinas formidables atestiguan el poder de esta milicia extraña, que ha hecho el sacrificio heroíco de su albedrío y que manejada desde la celda lejana y misteriosa de un guerrero, constituye un estado dentro de los estados y una fuerza capaz de cambiar los rumbos en que se orientan las aspiraciones todavía mal definidas de la humanidad.

El R. P. Vincent, en su «Théologie de Clermont» reeditada con aprobación episcopal en 1904, dice: «La Iglesia ha recibido de Dios el poder de reprimir á los que se separan de la verdad, no solamente por penas corporales». Y agrega que estas penas pueden ser «prisión, flagelación, mutilación, y muerte».

Anotar estos «hechos» no significa criticarlos, sinó únicamente entregar á la meditación de los hombres el temple admirable de estos legionarios que de tal modo han jurado unirse con la iglesia romana, que proclamarán «que es negro lo que ella dice que es negro, aun cuando sea blanco».

Por otra parte desde Pascal, Leibnitz, Moliére, Loisy y Reinach que la han combatido, hasta Devivier, Saint Projet, Weiss, Perujo y Monot que han hecho su apología, nadie, seguramente, como la Compañía de Jesús, ha suscitado mayores controversias sobre su moral, su política, su organización y sus obras.

Conviene, sin embargo, desentrañar el fenómeno psicológico que estos hechos encarnan.

Las manifestaciones religiosas tienen su origen en los estados de conciencia que forman la luminosa urdimbre del misticismo. A raíz de profundas alteraciones físicas se suele producir en ciertas almas una especie de iluminación interior. Una superintuición maravillosa adivina senderos en la fronda sombría de lo desconocido. Sílaba á sílaba se conjuga el verbo rojo de la fiebre, desde el éxtasis alucinatorio que se agranda en los portentos de la «revelación» hasta la angustia depresiva en que sobre las pupilas vidriosas se cruzan, como manos fraternales, las alas consolatrices de la muerte. El árbol polifónico de la palabra asume las proporciones incoherentes y grandiosas del delirio. Y cuando la crisis aguda cede á la presión de la naturaleza, el espíritu, domado por el fuego de la hoguera interior, conserva en idea obsedente la divina sapiencia de las cosas que deben realizarse en el tiempo y en el espacio, por mandato providencial. El místico ya está forjado. Elemento de la divinidad, perseguido ó perseguidor, víctima ó victimario, él irá plasmando en la frágil arcilla de los siglos y de los hombres, la imagen instable, pero siempre luminosa de sus sueños.

Claro que para realizar estos sueños, en que el proceso mórbido se delata á veces con la genial grandiosidad de una montaña, es necesario que el elemento plasmable, el hombre, haga el débil sacrificio de su voluntad.

Tal es el caso de San Ignacio de Loyola y de su compañía. Conquistar súbditos para las milicas del Señor. Pero súbditos que, abdicando de su voluntad, sean dóciles instrumentos de la iglesia y de sus planes providentes. «Renunciar á su propia voluntad, dicen, es más meritorio que resucitar los muertos».

Ahora bien: ¿Conviene el espíritu de esta enseñanza á los intereses nacionales? ¿Estos ciudadanos sin voluntad, que militan en ejércitos extraños, favorecen ó dificultan el progreso de los pueblos? ¿La neutralidad del estado debe ser tan pasiva que permita la prédica y la acción de todas las sectas aunque estas lesionen su organismo?

El congreso pedagógico católico que acaba de celebrarse, no es más que un accidente en la vida de las instituciones religiosas. Y su importancia hubiera sido muy relativa á no mediar los antecedentes que hemos indicado como sus factores determinantes.

Desde el punto de vista científico no ha sido un congreso pedagógico. No se ha debatido allí ninguno de los grandes problemas de la pedagogía moderna sobre métodos, procedimientos, formas de la enseñanza ó psicología infantil.

Nuestras más árduas cuestiones educacionales — como el analfabetismo, la unidad de las escuelas primarias, la situación económica de los maestros, la mala dirección de las escuelas normales — ni siquiera se han tocado.

Ha sido, como ya dijimos anteriormente, un «congreso católico» estudiando los medios de dar mayor difusión á las ideas de su secta. Es decir: un congreso sectario. Basta ver, como comprobante de lo dicho, algunos de los tópicos tratados:

«La instrucción religiosa ante la sana pedagogía».

«Dificultades que se oponen á la difusión y subsistencia de los colegios particulares y medios prácticos de remediarlas».

«Necesidad de formar una asociación que defienda á los maestros católicos de los ataques y asechanzas de que son víctimas», etc., etc.

Como se ve, la pedagogía es completamente ajena á todos estos fines. Un congreso anarquista hubiera estudiado también los medios más eficaces para la difusión de sus ideas.

En cuanto á las conclusiones del congreso, están de acuerdo con estos mismos fines. Así por ejemplo, «los textos deben ser morales excluyendo toda referencia «antimoral», aunque sea de carácter científico»; se debe formar una confederación de colegios é instituciones católicos para defender al personal docente de los mismos; toda disposición de las autoridades exigiendo á los maestros de escuelas particulares que se provean de un título que justifique su preparación es anticonstitucional; evitar por todos los medios posibles la venta de revistas que se anuncian «para hombres solos», etc., etc. Esta vez la pedagogía, si es que ha existido, ha sido graduada con el doble decímetro de la moral católica.

También este congreso ha obtenido resultados prácticos: «más de medio millón» de pesos para la universidad católica; la creación de una escuela normal libre; y la fundación de una revista pedagógica que propicie sus ideas.

Como se ve se trata de un triunfo indiscutido é indiscutible. Las milicias del Señor, cuya patria es el mundo, afirman los prestigios de su «monarquía» en el corazón de la república. Sus legionarios se aumentan entre nosotros con aquellos espíritus que renuncian á toda voluntad, para recibir, en la santa beatitud de la inconsciencia, la milagrosa visita de la fe.

En su lejana celda de Roma el General de este ejército invencible debe haber celebrado la nueva victoria.

Fué aquí, en tierras de América, donde la «Compañía» afianzó, como en ninguna otra parte, la gloria de su imperio.

De aquí partieron, cargadas de oro, las naves de sus negros conquistadores.

Aquí tuvo la veneración humilde y sincera de la grey indígena.

Justo es, pues, entonces, que prospere entre nosotros.

Ella sabe que la herencia es una cadena formidable que eslavona los siglos.

Y las ruinas de su imperio fastuoso, avivando las ideas obsesoras, deben servirle como manantiales de energía en este dulce crepúsculo de las religiones.

Monita secreta S. J.

La moral de los jesuitas

Fundada la Orden de los Jesuitas por San Ignacio de Loyola el 15 de Agosto de 1534, su desarrollo fué sorprendente. Impuso su voluntad á toda la Europa. El Concilio de Trento fué obra suya. Para extender los dominios de la iglesia y la unidad de la fe, sus misiones se establecieron en la América del Sud, en la India, en la China y en el Japón.

Hábil, perseverante y audaz, manejando como nadie el formidable instrumento de la «obediencia absoluta», no tuvo más guía que sus propios designios.

Apoderada de la enseñanza, la predicación, las misiones, y la dirección espiritual del mundo cristiano, sujetó de golpe el movimiento ascensional de la Reforma.

Fué respetable y temida. Su General—el Papa Negro, como se le llama—era el «monarca» más poderoso de la tierra. En 1540 la Orden sólo contaba con 10 miembros, sin residencia fija. En 1574 tenía 17 provincias, 125 colegios, 11 noviciados, 35 establecimientos de toda clase y más de 4000 miembros. En 1640 tenía 38 provincias, 521 colegios, 49 seminarios, 54 noviciados, 24 casas profesas, 280 residencias y misiones, y más de 16.000 miembros. En 1710 tenía 38 provincias, 612 colegios, 157 seminarios, 24 casas profesas, 59 noviciados, 340 residencias, 200 misiones y 722.126 miembros. Data desde entonces su desarrollo prodigioso. Su fortuna crecía paralelamente con su desarrollo. En Francia, una de sus provincias más pobres, sus «inmuebles» representaban en 1760, un valor de 58 millones de libras. Las provincias más ricas eran las del Paraguay, Perú, Nueva Granada y Mejico.

Mantuvo así la unidad y el prestigio de la iglesia católica. Fué, mejor dicho, el espíritu mismo de la iglesia, inflexible, tenaz y dominador.

Tan grande era su poder que el General Acquaviva, en la Congregación General de 1593, pudo contrariar victoriosamente los designios de Felipe II, la Inquisición y el Pontífice Clemente VIII, que se habían coaligado para descentralizar sus facultades. Es decir que venció primero y dominó después á los tres poderes más grandes del mundo católico en aquellos tiempos.

Nada, pues, de extraño que el poder formidable de la Orden suscitara apologistas fanáticos y enemigos irreconciliables aun en el seno mismo de la iglesia.

Su política, su enseñanza, su moral, su organización y su espíritu, ensalzados por unos y anatematizados por otros, fueron, en todo tiempo, ampliamente discutidos.

El Pontífice Pablo III en su bula de 1540 les asignaba el lugar más preponderante de la iglesia. Gregorio XIV en 1591 le acordaba facultades «ilimitadas» en materia de predicación, confesión, absolución, etc. Pero Urbano VIII en 1640 é Inocencio XI en 1679 condenaron las máximas de sus casuistas. Benito XIV en 1742 y 1745 condenó la obra de sus misiones en la India, la China y Japón. Y, finalmente, el gran pontífice Clemente XIV, en su célebre bula del 21 de Julio de 1773, suprimió la Orden, hiriendo así de muerte á la Sociedad más poderosa y prestigiosa que haya tenido la iglesia católica.

Estos juicios son tan significativos, dada la consabida «infalibilidad» de los pontífices, que no requieren mayores comentarios.

Pero nada se ha discutido tanto como la moral de los jesuitas. Y especialmente el libro titulado MONITA SECRETA S. J. donde, según algunos historiadores, están condensados los preceptos fundamentales de esa moral.

La «Monita Secreta» ó sea las Instrucciones secretas de la Sociedad de Jesús, fué publicada en Cracovia en 1612 y reproducida en Paderborna en 1661 y en Francia en 1718. Desde entonces se han sucedido numerosas ediciones, siendo las últimas la de Paris en 1900 y la de Génova en 1902.

Los originales de este libro se encontraron casi al mismo tiempo, en diversos establecimientos pertenecientes á la Compañía en Polonia, Francia, Alemania, Portugal, España y Países Bajos.

Dado á publicidad los jesuitas lo declararon apócrifo. Habiendo permanecido secretos y hasta ignorados para todo el mundo los archivos de la Orden, afirmar ó negar su paternidad es igualmente arriesgado.

Desde Pascal hasta Michelet, Nolff, Quinet y Girardin, se da á los jesuitas como autores y ejecutores de los preceptos contenidos en la «Monita». Los historiadores de la Compañía y numerosos críticos alemanes como Gieseler, Huber y otros, lo niegan. Esto demuestra, cuando menos, que la historia es la ciencia de las probabilidades, como decía Renán.

Resulta curioso, sin embargo, comparar algunas de esas máximas con otras que aparecen en los tratados de «teología moral» y que llevan la firma de sus casuistas más ilustres.

Por otra parte, la Compañía de Jesús tiene cuatrocientos años de vida. ¿En ese período ha aplicado ó no los preceptos de la «Monita»? Si los ha aplicado «en espíritu y en verdad» el libro es de ella. Y si no los ha aplicado se trata, entonces, de una de las más afortunadas calumnias que registre la historia.

Sin espíritu de apología ó de crítica, nosotros entregamos esos preceptos y esas máximas al criterio del lector:

«Si quieres reformar inmediatamente al duque—Cosme de Médicis—y á la duquesa, destruirás toda la obra que meditas. Debes obrar «tal como á ellos les plazca» teniendo en vista los «mayores frutos» espirituales que conquistarás entre el pueblo».—Carta de San Ignacio de Loyola al confesor Polanco en 1547.

«Los medios adquiridos por medios vergonzosos tales como el asesinato, una sentencia injusta, una acción deshonesta, etc., se poseen legítimamente y no se está obligado á restituirlos.—Escobar.

«Los bienes adquiridos por el adulterio, verdaderamente son ganados por un medio ilegítimo, pero su posesión es legítima: «quam vis mulier illicite acquirat, licite retinet acquisita»—Lesius.

«Occultæ fornicariæ debetur pretium in conscienta, et multo majore ratione quam publicæ».—Filiutius.

«Se puede jurar que no se ha hecho una cosa, aunque se la haya hecho, entendiendo en sí que no se la hizo en cierto día, ó antes de haber nacido, ó subentendiendo alguna otra circunstancia parecida».—Sánchez.

Hasta aquí los casuistas. Veamos ahora la «Monita»:

1º. Todos deben mostrarse inspirados en el mismo sentimiento y tener las mismas maneras, para que esta uniformidad en un gran número de personas edifique al público. Se expulsarán como dañosos á la Sociedad á los que procedan en otra forma.—Cap. 1º, Art. 4º.

2º. Al principio, los nuestros evitarán comprar tierras, pero si no hubiesen adquirido alguna bien situada, pueden hacerlo á nombre de algún amigo fiel, que conserve el secreto. Para que nuestra pobreza parezca mayor, los bienes vecinos al lugar donde tengamos colegios serán asignados á provinciales de colegios lejanos, impidiendo así á los magistrados que tengan noticias exactas de las rentas de la sociedad.—Cap. 1º, Art. 5º.

3º. Para fundar colegios solo se establecerán en las ciudades ricas.—Cap. I, Art. 6º.

4º. En cada provincia sólo el provincial conozca exactamente el valor de las rentas; pero sea para todos un sagrado misterio lo que contiene el tesoro de Roma.—Cap. I, Art. 8º.

5º. Todos nuestros esfuerzos deben dirigirse principalmente á ganar el ánimo de los príncipes y de las personas influyentes para que ninguno ose levantarse en contra nuestra y por el contrario todos estén bajo nuestra dependencia.—Cap. II, Art. 1º.

6º. En la dirección de la conciencia de los señores, nuestros confesores seguirán los sentimientos de aquellos autores más liberales, contra la opinión de los otros religiosos, para que abandonando á estos últimos se entreguen completamente á nuestro consejo y dirección.—Cap. II, Art. 8º.

7º. Tanto á los príncipes como á los prelados y á todos aquellos que puedan prestarnos algún servicio extraordinario se los hará partícipes en todas las fiestas de la Sociedad, después de haberles señalado la importancia de estos privilegios.—Cap. II, artículo 9º.

8º. Se insinuará, cauta y prudencialmente, la facultad amplísima que tiene nuestra Sociedad, con relación á los otros sacerdotes ó religiosos, de absolver aquellos casos reservados y de dispensar, por medio del ayuno, de los deberes conyugales que se deben tener ó exigir, de los impedimentos del matrimonio, y de otras cosas conocidas, lo que hará que muchos recurran á nosotros y nos queden obligados.—Cap. II, Art. 10.

9º. En las enemistades y discusiones de los señores se intervendrá en calidad de componedores, de ese modo entraremos en intimidad con sus familiares, conoceremos sus secretos y obligaremos así alguna de las partes.—Cap. II, Art. 12.

10. De las viudas se sacará la mayor suma de dinero posible, haciéndoles ver nuestra pobreza.—Cap. I, Art. 7º.

11. Se les demostrará todas las ventajas de su estado y los inconvenientes del matrimonio, especialmente cuando se repite, y los peligros en los cuales se puede incurrir especializándose con los que le conciernan en particular. Cap. V, art. 8º.

12. En fin, si no hay peligro de inconstancia, y permanece siempre fiel y generosa hacia la Sociedad se le acordará con moderación y sin escándalo, todo aquello que demande su sensualidad. «Concedatur illis quidquid ad sensualitatem requirunt, moderate et escluso scandalo». Cap. VI, art. 7º.

13. Se la dejará entrar, secretamente, en los jardines y en el colegio, permitiéndosele coloquios y diversiones secretas con aquellos que más le plazcan. «Dissimuletur cum illis ingressus in hortum vel collegium, modo secreto id fiat; permittantur colloquia et recreationes secretæ cum iis qui maxime arriserint». Cap. VII, art. 9º.

14. Si una viuda, durante su vida, no ha dado todos sus bienes á la Sociedad se la inducirá, con dulzura y energía, á que lo haga en la hora de la muerte para que pueda alcanzar la gloria eterna. Cap. VII, art. 15.

15. Todo lo que se ha dicho de las viudas puede aplicársele á los nobles, comerciantes ó burgueses ricos y sin hijos, de los cuales la Sociedad puede facilmente heredar si se aplican prudentemente las normas indicadas. Cap. X, art. 4º.

16. El confesor interrogará diligentemente á los penitentes sobre su nombre, familia, afines, amigos y bienes, informándose en seguida sobre su estado, sucesión é intenciones ó resoluciones á fin de que si aún no las ha tomado se trate de hacerlo favorable á la Sociedad. Si se trata de una mujer se la incitará, por todos los medios á hacer frecuentes confesiones y visitas á la Iglesia. Y si de un hombre á que frecuente la Compañía y se vuelva familiar de los nuestros. Cap. IX, art. 3º.

17. Los rectores de colegios procurarán tener noticias sobre los palacios, jardines, campos, viñas, casas de campo y demás bienes que posean los principales nobles, comerciantes ó burgueses y si es posible sobre sus rentas, operando habitualmente, de un modo eficaz, por medio de la confesión, la familiaridad y los coloquios privados. Apenas un confesor descubra un penitente rico se lo comunicará al rector. Cap. IX, art. 5º.

18. El punto principal de toda la cuestión consiste en que los maestros sepan conquistarse la benevolencia de los penitentes, amoldándose á las inclinaciones de cada uno. Cap. IX, art. 6º.

19. A las viudas y otras personas devotas, que muestren tender con gran ardor á la perfección, se las inducirá, como medio eficacísimo para alcanzarla, á ceder todos sus bienes á la Sociedad viviendo de las rentas que ésta le acuerde, para poder así entregarse sin inquietudes ni fastidios al mejor servicio de Dios. Cap. IX, art. 10.

20. Los confesores visitarán asíduamente á los enfermos, especialmente si están graves, y para eliminar á los otros religiosos ó eclesiásticos, el superior procurará que cuando el confesor deje al enfermo lo sustituya otro que lo mantenga en sus buenos propósitos. Prudentemente se le infundirá el terror del infierno ó por lo menos del purgatorio, demostrándole que así como el agua extingue el fuego, la limosna extingue el pecado y que ninguna limosna mejor que la que se hace á las personas que por su vocación profesan la caridad y cuidan de la salud del prójimo, «profitentur charitaten erga salutem proxime». Cap. IX, art. 15.

21. Se expulsarán de la Sociedad á los que tengan escrúpulos en la adquisición de sus bienes. Y si quisieran dar razón de sus actos al provincial, no se les concederá audiencia obligándolos á cumplir el precepto de la obediencia ciega. Cap. X, art. 2º.

22. Con suma prudencia se atraerá para la Sociedad á los jóvenes de ingenio desenvuelto y de cuerpo bien formado ó que sobresalgan por lo menos en alguna de estas cualidades. Cap. XIII, art. 1º.

23. Si alguno de nuestros confesores oye de una persona que ha cometido un acto deshonesto con uno de nuestra Sociedad, no se la absuelva si antes no ha revelado, fuera de la confesión, el nombre de aquél con el cual ha pecado. Y una vez dicho se la hace jurar que no lo revelará á nadie sino con el permiso de la Sociedad. Capítulo XIV, art. 3.

24. Si dos de los nuestros han pecado carnalmente, se retendrá en la Sociedad á aquél que lo confiese primero y se expulsará al otro. Cap. XIV.

25. En fin, la Sociedad, después de haber obtenido el favor y protección de los príncipes, tratará de ser, por lo menos, temida de aquellos que no la amen. Cap. XIV, art. 9º.

¿Los jesuitas, en sus cuatrocientos años de vida, han obrado ó no de acuerdo con estas instrucciones? El lector dirá.

La silueta del Santo

En Roma, á la entrada de San Pedro, se levanta su imágen fundida en bronce. Bajo sus pies de santo, ruje desesperadamente, la cabeza humillada de la Heregía. Mejor hubiera sido representarlo como á un Hércules deforme persiguiendo por la desnivelada ribera de los siglos la inalcanzable imagen de su sombra.

Porque tal fué la vida de este lúgubre caballero de la Fatalidad.

Persiguiendo «su sombra» anduvo por las llanuras de la Fiebre. Jimió bajo las flajelaciones del Delirio. Quiso sujetar con sus brazos de sonámbulo la impalpable marea de luz despeñada, por quién sabe qué obscuras gravitaciones, entre los desniveles de la inmensidad.

Por eso su figura, erguida contra la luz, se proyecta como un río de sombras que hubiese andado cuatrocientos años. Quiso sujetar la Reforma, encadenar el libre exámen y convertir el rebaño de los pueblos en un «cadáver» animado, únicamente, por el viento sombrío de la Fe.

Y para eso se puso como un loco á rodar tempestades por las geometrías del espíritu. Aguzó, hasta la demencia, el estilete florentino de la confesión. Inventó la tortura moral de analizarse á sí mismo. Concretó la psicología. Graduó, como en una cinta de bronce fundida en llamas, los valores exactos del Bien y del Mal. Sus confesores supieron medir hasta la sombra de una intención. Sus penitentes aprendieron en los abismos de la conciencia, para sentir por las voluptuosidades del pecado las angustias enormes del arrepentimiento.

La civilización moderna es obra suya. Somos sus descendientes. Llevamos en la sangre la enfermedad terrible del propio análisis. Nos confesamos con la luna, con el mar, con el viento, como nuestras abuelas se confesaban ante la imágen lívida del Señor crucificado.

Sus dedos de bronce todavía modelan la arcilla miserable de nuestras almas. Por eso, al traves de los siglos, nos sabemos algo suyo.

Somos su dolor.

José de SAN MARTIN.

El himno de las nubes

(Del libro "Sinfonia del cielo" recientemente publicado)

Nubarrones en cuadrilla corren por el cielo.

Son enormes montañas desprendidas de quién sabe que aérea cordillera.

Son inmensos vellones de lana luminosa: Pinceladas de quién sabe que olímpicos pintores:

Almas de quién sabe que disformes seres: Naves de quién sabe que fantásticos viajeros:

Son las nubes que pasan por lo alto con rumbos hacia las regiones ignoradas.

Y pasan triunfalmente por lo alto entonando un himno majestuoso que vibra sonoro.

—

Un gran titán soplando largamente desinfla su vientre, y por su boca monstruosa salen las nubes de todos colores: escarlatas y rosas, azules y negras, de índigo y oro de blanco y ópalo, de verde y violeta...

Y son innumerables prismas vaporizados que descomponen la luz con sus millones de facetas.

—

Sería menester que mis oídos estuviesen tapiados para no oír su himno triunfalmente majestuoso.

***

«Somos el lecho de aladas doncellas que viven en las estrellas y duermen en el azur.

Somos peanas de los arcángeles que tocarán un día las clarinadas épicas que llamarán los muertos al juicio final.

Somos nubes huranas las que del polo venimos, y con ceño miramos á la tierra estremecida.

¡Oh nuestra canción! Nosotras sabemos de la armonía infernal. Vibrando horrísonos truenos fragorosos, pasamos abortando rayos furiosos, que como fustas de fuego, azotan las espaldas de la Tierra.

Y nosotras sabemos de los himnos del amor. Cuando tranquilo está el cielo somos blancas palomas que cruzamos llevando anuncios de paz.

Somos las amigas de los chacareros, que nuestras amorosas lluvias bendicen; pero si cundiendo los celos, nuestros colores enlutan, les enviamos, como duro castigo, fuerte granizo.

Somos un gesto ceñudo en la frente del Gran Ser.

Somos fragmentos de borrascas materializadas.

Y semejamos selva de luz y colores en las calmosas tardes de Verano.

Y somos montañosos paisajes lúgubres cuando la muerte del Sol está decretada por el Día en misterioso conciliábulo con la Noche.

Y después de una tempestad somos copos de algodón que cruzamos el fluído azul del firmamento.

Y á veces parecemos llagas rojas sobre el cielo desolado.

Y nos ensangrentamos en carmín luciente cuando la luz nos hiere de traición.

Somos el vapor embriagante del champagne que bebe Dios.

Somos las nubes, cosas informes, como proyectos, como utopías.

Somos las nubes, batallones de sueños de enfermos fantásticos.

Somos lo imponente, lo majestuoso.

Nuestra marcha es marcha triunfal. Himno de conquistadores.»

Alcides GRECA.

La Plata.

Sobre "Triunfos Nuevos"

Ultimo libro de Alberto Ghiraldo

OPINIONES

«Triunfos Nuevos», la reciente obra poética de Ghiraldo, constituye, en verdad, un nuevo triunfo para el escritor; un triunfo legítimo, tal vez el más legítimo de todos los suyos, pues en ella se muestra como en realidad lo habíamos adivinado á través de todo el tumulto de su producción anterior, cuando se podía temer que el juicio sereno de la crítica sufriese alguna desviación por influir sobre él la simpatía que la labor social del combatiente inspiraba.

En «Triunfos Nuevos», Ghiraldo complementa sus cantos con dos notas sumamente hermosas: una, la nota del ambiente que se vá ,la nota netamente americana, personificándola en el gaucho á quien vence una civilización que, en el fondo, no es mejor que el salvajismo primitivo de aquél. La otra nota es la íntima, vibrada intensamente, serenamente, como un desmentido á los que, olvidando notables composiciones del niño pesimista en «Fibras», y algunos chizpazos del hombre combatiente en «Música Prohibida», aseguraban que la musa de Ghiraldo carecía de aquella *souplesse* que es necesaria para cantar las hondas intimidades y los dolores agudos, que en él, por haber vivido más intensamente, deben de ser lógicamente, más fuertes que en el común de las gentes.

No falta en «Triunfos Nuevos» la nota de la rebeldía que alza sus himnos de fuego. Muchas de esas composiciones, tales las tituladas «Los caballeros del ideal», y las dedicadas á la muerte de Ibsen y de Luisa Michel, son verdaderas proclamas, gritos en la noche de la sociedad moribunda, fuertes voces de protesta que en su momento repercutieron muy hondo en el alma de las masas proletarias de Buenos Aires.

De «Triunfos Nuevos» pueden interesarnos, pues, las partes tituladas «De la raza», «La cosecha de amor» y «Fatum», esta última serie, especialmente, que no vacilo en considerar como algo de lo más hondo que se ha escrito en América por la nueva generación.

Analicemos, pues, la obra rápidamente, sintéticamente, como una confirmación de las palabras anteriores, que no dejarán de sorprender á muchos y que yo desearía tuviesen la virtud de exasperar á algunos.

* ***

Cuando se anunciaba la aparición de «Carne Doliente», y sin más datos que los de conocer algunos de los capítulos de la obra, tuve el atrevimiento de prejuzgar sobre los futuros rumbos de Ghiraldo en un artículo que mereció la réplica de J. R. Barcos. Afirmaba yo en mi escrito que los años, pesando sobre Ghiraldo, habían de modificar un tanto su forma poética y literaria, perdiendo un poco de aquel exaltado radicalismo que suele ser la norma de la juventud. No quería decir yo, en manera alguna, como parecieron entenderlo algunos, que Ghiraldo debía convertirse en uno de tantos prófugos del ideal libertario, entrando en las filas de los que cambian sus derechos por algo que siendo menos simbólico es más suculento que el bíblico plato de lentejas. Creía, y creo, confirmándome cada día más en mi juicio, que Alberto Ghiraldo, por efecto de los años y de los muchos azares de su vida, está ya cambiando su manera de ser, viendo las cosas y los hombres al través de un prisma que sin los encantos de la risueña juventud muestra más serenamente los aspectos de la vida y los defectos de los hombres.

En esa manera de ser, déjase á un lado ese aspecto revolucionario que hasta poco antes era la única fuente de inspiración; no porque se piense diferentemente, sino porque, aquietado el ímpetu bullicioso de la juventud, el mundo ofrece aspectos que antes ni siquiera se podían sospechar.

Y en Ghiraldo uno de esos aspectos consiste en la visión del gaucho que aparece en «De la raza», y que tres ó cuatro años atrás posiblemente no se hubiese atrevido á tocar por temor de incurrir en un patriotismo que hubiera compaginado mal con sus ansias internacionalistas. Felizmente, se puede describir perfectamente la cualidad más visible de todos los hechos naturales, sin incurrir en las exageraciones de los patrioteros, cuyo empeño todo consiste en hacer que lo que observan aparezca en un alto relieve tan pronunciado que llegan á hacer perder las simpatías que por eso mismo se tenían. Así, por ejemplo, la cuestión del gaucho en la literatura, que pudiendo ser una fuente de nobles emociones, ha llegado á transformarse en un elemento de insulso, cuando no estúpido patrioterismo. La simpatía que el público podía sentir por aquella figura casi legendaria, un tanto épica en sus luchas con el nuevo aspecto de la civilización, iba desapareciendo á medida que los entusiastas del gauchismo pretendían hacer de aquellos tipos semisalvajes la concreción de todas las virtudes humanas, en vez de limitarse al estudio del tipo, observando sus cualidades características, llegaban hasta cantarle, lamentando su desaparición.

Ese era el peligro contra el cual tenía que luchar un poeta como Ghiraldo, cuyas ideas tan contrarias á las fórmulas vulgares del patriotismo, indudablemente debían de pesar sobre el espíritu de sus lectores, temiendo el día en que entrara por los campos que á ellos se les antojaban vedados.

El gaucho, tal como lo ha cantado Ghiraldo en «De la raza», es el único gaucho que podemos comprender en estos días de hoy, cuando el arte se encamina rectamente hacia una fórmula de adelanto y de progreso colectivos. No es posible cantar el gaucho de ayer como todavía algunos se empeñan en hacerlo. El gaucho que nosotros podemos aceptar es el último gaucho, el gaucho ya vencido, el gaucho que cae rendido en el combate tradicional de lo nuevo contra lo viejo, símbolo de toda esa larga lucha que mantiene la América por la redención del mundo.

El gaucho que podemos comprender es el que nos describe Ghiraldo cuando dice en «El cantor errante»:

Él es el trovador de lo que muere,
Es el eco postrero
De algo que cae envuelto en su grandeza.
Es fúnebre cantor que canta y hiere,
Es cantor y guerrero:
¡El último cantor que va, altanero,
Erguida la cabeza,
De los suyos siguiendo el derrotero!

Dice Ghiraldo de su orgullo, de sus gallardías in domables, de todo lo que es en el fondo de un gran sentimiento humano y que no permite suponer que el poeta transforme su manera de ser para acomodarse á la de los conservadores.

Creía yo, cuando me ocupé de «Carne doliente» que esa modificación, ó por mejor decirlo, que esa nueva manera de ver las cosas, provenía en Ghiraldo de los nuevos aspectos que los años ofrecen. Y así lo dije ratificándome hoy en mi juicio, al ver que no solamente no ha perdido su musa las cualidades de su andante internacionalismo, sino que que ha sabido comprender el aspecto peculiar de algo que se va de nuestro ambiente y que hasta hoy no había sido debidamente interpretado bajo ese aspecto.

«La partida», «El barbijo», «Criolla», son las composiciones en que se refleja esa nueva manera de ver la vida argentina en aquello que tiene de típico y que se va para siempre. El poeta no lamente su desaparición; no hace más que reflejar la visión que pasa. Otra cosa sería faltar á su propia idiosincrasia.

Donde se ve por entero la ratificación de ese juicio, es en la composición titulada «Ocaso» que merece quedar como símbolico resumen de todas las grandezas de una raza vencida.

Como un interrogante ó una esfinge,
La mirada perdida
En el misterio de la gran llanura.
Altanero y sombrío,
Está el gaucho clavado
Sobre el potro bravío.
La barbara figura
Se destaca atrevida,
Sirviéndole de marco magestuoso
El azul esplendente de la altura
Y el verde de la pampa, victorioso.

El gaucho se detiene en la dolorosa comprobación de que los días actuales no son los que necesita su ímpetu bravío para poder vivir la plenitud de su existencia. El mismo se reconoce derrotado en el combate con esa civilización que no acierta á comprender en todas sus coplicaciones y que por eso mismo se le depara enemiga. Permanece el gaucho en su dolorosa contemplación del mundo en donde no puede hacer valer su coraje, lamenta los rencores de los mismos que más hondamente debieran de agradecerle sus arrogancias.

¡Libre soy, libre he sido,
Libre debo morir!...

Así exclama, en la última arrogancia de su espíritu, que en el momento postrero recoje todas sus fuerzas para lanzar el grito en que se concentra su vida toda. Pero, el contraste, surje poderoso, en el mismo momento, como un lamento, como una vindicación:

....En el desierto
Se hizo débil la voz como un gemido..
¡Cerró el gaucho los ojos
Y en su propio caballo quedó muerto!

Con estos composiciones se comprueba que el tema eminentemente nacional, el del gaucho vencido por la civilización, puede ser tratado sin incurrir en el defecto de los patrioterismos.

* **

Entramos ahora en el terreno de lo íntimo, en el huerto cerrado donde todo hombre gusta de sembrar las más hermosas de sus flores, cultivadas por el anhelo de sentir la belleza en la más sencilla de sus expresiones.

«La cosecha de amor» tiene para los que conocen íntimamente al poeta el mérito extraordinario de ser una especie de diario en cuyas páginas se puede leer toda la vida afectiva de Ghiraldo, en una serie de composiciones que le asignan lugar preferente entre los poetas que en estos últimos tiempos se han ocupado del eterno tema,

haciéndolo con mayor seguridad y con mayores garantías de éxito.

En «Música prohibida» el poeta había cantado sus afectos; pero, por no sé qué dominio de lo externo del mundo sobre el alma del artista, este no atendía las voces íntimas que le llevaban á prescrutar su reino interior. Ahora lo ha hecho, y á fe que no es posible lamentarlo, porque en ello sólo puede haber beneficios para todos; para el poeta que así complementa su manera de ser, para el público que dispone de un poeta, capaz de interpretar las delicadezas espirituales, tanto como las arrogancias y gallardías de la lucha en la calle.

Ya en una composición publicada en uno de los momentos más agitados de su vivir, Ghiraldo trazó el código de su existencia en las siguientes palabras:

He roto ya los códigos; ansío
La vida plena sin temor ni trabas.
Voy rumbo hacia la luz: ¡si amor me guía
Amor no ha de imponerme una coyunda!
¡Yo soy así, rebelde y denodado!
¡Así me han de querer los que me quieran!

Era el grito del poeta que está á punto de dar el gran paso hacia los campos donde se ofrece la cosecha magnífica del amor. Advertía entonces que no podía ser como los demás, sino que éstos debían de plegarse á las exigencias de su manera de ser. ¿Así le aceptaron? Creemos que sí; pues desde ese día es cuando la musa de Ghiraldo sufre la grandiosa transformación á que más arriba he aludido y que sólo el amor es capaz de producir. Transformación que en el fondo no es más que una supresión de murallas mentales, viéndose la vida con mayor amplitud, sin las trabas de ciertos obstáculos creados por nuestro propio pensamiento.

Mi vida de combate es una sombra
Inmensa, de relámpagos surcada.
Para templar mi fe quiero tu aliento...

Ya el poeta no se basta á sí solo. Anhela las dulzuras del amor entrevisto en su paso por la tierra, en un instante de tregua.

Y para cantar ese amor sabe hallar notas nuevas, notas de un encanto más hondo en él por más inesperadas, como la sorpresa que produce el hallazgo de un arroyo límpido y sereno en la tenebrosa garganta de una ruda montaña que nos llevaba á pensar en ríos torrentosos de lava y ceniza.

Yo quisiera envolver tu vida aciaga
En ondas infinitas de ternura
Y un regazo formar con mi cariño,—
Con este gran cariño que me inunda,—
Para tu altivo corazón, sangriento,
Hoy en tu pecho como en una tumba.

¡Esta vez la impotencia me anonada!
Para los que han sufrido no hay consuelo.
No se unen las almas que se rompen:
¡Están endurecidas por el fuego
Y las suaves palabras caen sobre ellas
Cual sobre las cenizas cae el riego!

Pero aun puedes vivir... ¡Yo te lo digo!
Mi voz no engaña aun cuando afirme el cielo.
Tu ser quema en la luz de tus dolores
Y veras como sientes nuevo aliento:
¡Las noches se iluminan con antorchas
Y, cuando estas no bastan, con incendios!

La fuerza primitiva de Ghiraldo de años atrás, no ha disminuído en los más mínimo; pero algo hay en esa composición que la hace más agradable, más simpática: indudablemente el personalismo que entra en ella dando un sentimiento más humano y noble á lo que antes parecía excesivamente «literatura»...

* * *

La comprobación de las transformaciones que en el espíritu de los hombres introduce el tiempo, se verifica considerando el camino que media entre el Ghiraldo que escribía las estrofas sonoras y audaces de «Música prohibida» y el que hoy acaba de escribir las cuatro composiciones que en «Triunfos Nuevos» llevan la denominación altamente sugestiva de «Fatum».

Los que conociendo al poeta de cerca lleguen á analizar con amplitud de criterio esas cuatro composiciones, habrán de sentirse dolorosamente afectados por la enorme dosis de sinceridad, por la gran verdad que las llena, dicendo que la verdadera poesía consiste en esa manera altiva de encarar lo que se siente, único medio de hacer que la poesía sea algo más que la eterna trivialidad de lo fútil y pasajero.

En «Fatum», canta Ghiraldo la dolorosa angustia de un destino superior á sus fuerzas de hombre; dice la desolación de un pecho asaltado por la incomprensible confusión de las fuerzas naturales; canta lo que más hondamente ha afectado su vida de luchador, perturbando lo que él creía curso regular de vivir, y se muestra, en fin, como un hombre de verdad, que serlo no es solamente mostrarse fuerte en la lucha con lo desconocido, en plena calle, cuando ese mismo desconocimiento permite la acción más amplia sino fuerte en la lucha terrible de lo cotidiano, en lo secreto del propio espíritu.

Hay en esas cuatro composiciones, «La sangre», «El beso», «Soledad» y «La luz" una enorme dosis de dolor concretado en poesía, en forma tal que difícilmente se podrá buscar comparación entre todo lo que hasta hoy ha representado el dolor en la joven literatura de este continente. Ghiraldo se eleva por encima de toda la miseria de los lugares comunes, y de la misma manera que el dolor ha sorprendido su alma, que no le conocía sino por la referencia de los demás y por las observaciones que en los demás hacía, la manifestación artística de ese dolor es más fuerte, más alta, más poderosa, estallando como un torrente que por mucho tiempo se ha querido contener.

No se puede evitar el dolor en el espíritu humano, y, por eso Ghiraldo que á él se había sustraído por largo tiempo, sólo para dedicarse al cultivo de sus flores rojas, ha debido volver á él con toda la violencia de lo incontenido con toda la fuerza de lo que por muy largo tiempo ha estado supeditado á las demás exigencias de la vida.

Una trajedia de terrible efecto en una vida tan sensible como la de Ghiraldo, eso es «Fatum» esa serie de composiciones que, disponiéndome á buscarle semejanza, sólo puedo encontrarla en aquella media docena de poesías que figuran en «Cantos de vida y esperanza», de Ruben Darío, y en las que el poeta de la vida bella y de los dulces cantos filomélicos se siente preocupado por la obsesión de la muerte. Fué motivo de asombro en los que no comprenden que el poeta no por serlo deja de ser hombre y que, por lo tanto, debe de sentir y de pensar como tal. Darío, obsedido por la imagen de la muerte, me hace recordar á Ghiraldo dejando de entonar su himno de lucha y de ardor, para dedicar estrofas llenas de angustia y de duelo, á la imagen desaparecida de los triunfantes amores de su juventud, esa que también muere en el silencio de las horas que pasan.

Canta Ghiraldo á la visión de un amor que fué bondad y pureza para transformarse más tarde en dolor y muerte:

Dolor en la frente,
Firmeza en los labios,
Palidez de tragedia en el rostro,
En los ojos la noche y el rayo;
Así emerge tu extraña figura
Llevando la copa de sangre en las manos,
Emblema sombrío de amor y venganza,
Amor que fué todo: ¡pureza y escarnio!

Es una visión de la que desaparece la sensación del amor que la embellecía, para dejar subsistente la confusa visión de la trajedia que fulguró en un momento de desolación y de muerte:

Siniestra, terrible.—
Visión pavorosa que no evocó nadie,—
En la lúgubre puerta te anuncias
Destilando sangre.
A tus plantas, partida la frente
Por plomo implacable,
La bella figura que muere sonriendo:
¡Sonriendo á la vida que tú le quitaste!...

La evocación de la figura roja de la gran trajedia se hace en términos completos, definitivos, de una manera insuperable, con frases que son lapidarias, dando la verdadera sensación del terror en aquel momento de angustia, cuando toda una vida sufre el pavoroso trastorno de un abismo que se abre inesperadamente.

Y esa evocación sólo puede compararse con la que hace de la dolorosa imagen caída, de la visión blanca que fué victimada:

¡Te he besado en la tumba y estoy vivo!
—Te he besado en los labios y tus labios
Están rojos y fríos:
¡Están rojos de sangre y están fríos
Porque están muertos!...
¡Te he besado en la tumba y estoy vivo!

La terrible grandeza de las tragedias íntimas pasa como un soplo de devastación por esas páginas que habrán de ser asombro de los que suponían en Ghiraldo el poeta de la cuerda única, quizá porque no creían posible que hasta él llegara el aliento de muerte de los grandes dolores propios en que los poetas se hacen fuertes y dignos.

Inevitablemente, Ghiraldo debía entrar en el grupo de los poetas que después de haber encontrado su camino siguen por él dejándose llevar por el impulso audaz y loco de sus entusiasmos, hasta el día que un accidente inesperado, sorprendiéndolo en medio del sendero, les hace pensar más en lo que antes no habían tenido tiempo de ver. Entonces, la seguridad que pone el hombre fuerte en todas sus obras, dá mayor firmeza al canto y le hace más trancendental porque, en lo inesperado del dolor, es más humano.

Ghiraldo ha hecho mucho por el hombre; ahora que acaba de descubrir su reino interior, donde hay tantos misterios y tragedias, completará su acción en la lucha contra los torturantes problemas del vivir.

Todo el nuevo Ghiraldo, todo el Ghiraldo que se completa en esta manera de ser, está para mi en esta composición que cierra «Triunfos Nuevos»:

Yo soy un fantasma
Que sigue en la noche la luz de una estrella.
El amor que yo siento es sagrado.
Es algo que tiene de unción y de pena.
Este amor no es amor, es locura:
¡Mi amor insensato lo tiene una muerta!
Yo soy un fantasma
Que sigue en la noche la luz de una estrella.

¡Qué diferencia no ofrece el Ghiraldo de esta composición,, con el que las masas obreras de Buenos Aires se habían acostumbrado á aplaudir en las reuniones públicas, cuando sonaba aquel bárbaro «Clarín», conclamador de todas las miserias en el gran ímpetu asaltador de la sociedad actual!

Pero, ¿acaso esa diferencia puede importar en alguna forma un modo de claudicar del poeta, en detrimento de sus ideales mantenidos tantas veces, con sacrificio y dolor? A mi modo de ver, no.

¿Antes hacía combate colectivo, luchaba en las grandes luchas sociales, y ahora se dispone á hacerlo en el silencio y en la calma de su propio corazón? ¡Qué importa! Para la libertad, para la dignificación del hombre, tan útil es una cosa como otra. A veces el derrocamiento de una muralla es de importancia suma, pero otras veces lo es más la afirmación de una duda en el espíritu del hombre.

Y yo, por mí, creo tal vez más en la eficacia de la lucha de los artistas contra los males permanentes que afligen al hombre en su espíritu, que la que va contra fórmulas y modos sociales, pasajeros y vanos. Creo más en el libro de Job para hacer rebeldes contra Dios, que en toda la propaganda un tanto soez y un mucho baja de los periodiquitos anticlericales con sus chistes gruesos y sus argumentaciones populacheras.

Juan MAS y PI.

PROXIMO NÚMERO DE "IDEAS Y FIGURAS":

"LA ANARQUÍA ANTE LOS TRIBUNALES"

POR

PEDRO GORI

TRIUNFOS NUEVOS

POR

ALBERTO GHIRALDO

Acaba de aparecer

Un vol. de versos - 200 pág. artísticamente impresas

PRECIO DEL EJEMPLAR: 1.— $ m/n

PEDIDOS á la Administración de IDEAS Y FIGURAS:
calle Cuyo 2021 - Buenos Aires

CeDInCI

Alberto Ghiraldo

POR

JUAN MAS Y PI

UN VOLUMEN EN PROSA CON EL SIGUIENTE SUMARIO:

Alberto Ghiraldo. — Su personalidad. — Iniciación. «Fibras». — El luchador. «Gesta». — El periodista. «El Sol». — «Los Nuevos Caminos». — El poeta. «Música Prohibida». — «La Protesta». — «La Tiranía del frac...» — «Carne doliente». — El teatro de Ghiraldo. «Alas». «Alma Gaucha». «La Cruz». — «Triunfos Nuevos». — Conclusiones.

De venta en las principales librerías
de Buenos Aires

PRECIO DEL EJEMPLAR: 0.50 centavos

Administración de IDEAS Y FIGURAS: CUYO 2021-Bs. Aires ----- Número suelto: 20 centavos
Agencia en Montevideo: Zabala 200 A.